

SERMON

SOBRE EL ABUSO

QUE HACEN LOS MALOS CRISTIANOS DE LA CÉREMONIA DE LA IMPOSICION DE LA CENIZA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.

Polvo eres y en polvo te has de convertir.

Génesis, c. 3. v. 19.

¡Qué diferente impresion hacia en otro tiempo de la que hace al presente la solemne ceremonia que usa la Iglesia en este día! Esta ceremonia, entónces tan imponente, es ya mirada con indiferencia, si es que no se recibe con desprecio. La imposición de la ceniza, en que con tanta severidad recuerda al hombre la terrible maldición que Dios fulminó contra él en castigo de su primer pecado, le daba á conocer la monstruosidad enorme de la ofensa que con él habia irrogado á la divina Majestad, inspiraba en el pecador una firme resolucion de satisfacer á toda costa por su pecado, y en el justo un saludable temor que le hacia precaverse á fuerza de violencias y sacrificios. La imposición de la ceniza era el preservativo, el principio de una prolongada y rigurosa penitencia, con que el pecador hacia cuanto le era posible para aplacar la divina indignacion, inclinar en su favor la divina misericordia y recobrar la divina gracia, que conocia y confesaba ser el bien mas apreciable que podia disfrutar durante su vida mortal, y el medio único de conseguir la felicidad en la eterna. Mas en el dia es una ceremonia estéril é

(1) Para este dia se hallan dos sermones en las páginas 199 y 207 del tomo cuarto de los de *Mision*.

insignificante, ó á lo mas el anuncio de una penitencia falaz, infructuosa y aún perjudicial, porque vanamente fiado el pecador en unas prácticas que solo conservan el nombre de penitencia, ni llora, ni detesta, ni corrige sus desórdenes.

Para demostrarlo voy á comparar la penitencia de aquel tiempo con la del nuestro, no con el objeto de censurar la conducta de la Iglesia, cuya autoridad respeto como emanada del mismo Dios; no con el ánimo de restablecer el uso de la penitencia pública, que no dudo ser impracticable y tal vez funesta; sino para desengañar á los pecadores y exhortarlos á la práctica de una penitencia verdadera, aunque proporcionada al estado de debilidad en que se halla nuestra naturaleza á causa de nuestros brutales desórdenes. Pidamos al Señor la gracia necesaria al efecto por la poderosa mediacion de aquella Señora, cuya naturaleza estuvo siempre íntegra, siempre exenta del pecado. *Ave María.*

Siendo tan antigua y general, como se ve por la sagrada Escritura, la costumbre de empezar los pecadores á manifestar su arrepentimiento por el uso de la ceniza y el cilicio, la Iglesia tuvo á bien adoptar esta misma práctica, luego que una experiencia dolorosa le hizo ver que no todos sus hijos perseveraban constantes en la observancia de la ley que habian abrazado. Cuando algunos pecadores reconocidos manifestaban deseos, y aún suspiraban por volver al estado feliz de que habian caído por su desgracia, esta tierna madre trataba con mucho ahinco de consolarlos, de infundirles una segura confianza en la bondad y misericordia del Señor; mas para inspirarles el odio y detestacion de su pecado procuraba declararles cuánto aborrece Dios y cómo castiga los delitos, cuán intenso es el amor que profesa y cómo remunera las virtudes; cuán difícil es y á qué duros sacrificios tienen que sujetarse los pecadores para lavar la ofensa, reparar la injuria y satisfacer la justicia divina. Si el pecador se manifestaba dispuesto á emprenderlo, se le admitia á la práctica de una rigurosa penitencia, que debia durar cinco, nueve, quince ó mas años, segun la gravedad del pecado, sin que hasta el fin de ella se le concediese el beneficio inestimable de la reconciliacion. Y adviértase que para esto no se esperaba á que cometiera muchos pecados, era suficiente uno

solo de los que en nuestros dias se cometen con tanta frecuencia.

El obispo bendecia el cilicio y la ceniza, y el penitente rodeaba con aquel su cuerpo y cubria con esta su cabeza. Desde este momento ya no habia diversion alguna para él, ya quedaba privado de todos los negocios y tratos, á excepcion de los indispensablemente necesarios para proporcionarse un escaso alimento; no podia usar otras galas que el áspero saco ó cilicio, con que al mismo tiempo que mortificaba su cuerpo, hacia á todos pública su ignominia. Su lecho no era otro que el duro suelo, y su sueño muy escaso y frecuentemente interrumpido para regar la tierra con sus lágrimas, y tal vez con su sangre. Su ejercicio era el llanto, la oracion, la disciplina y todo género de maceraciones. Su ayuno continuado, y tal que el alimento que ahorraba por este medio, debia servir para satisfacer el hambre de algun miserable mendigo; y tres dias cada semana, y algunas cuarentenas en cada un año, no se le permitia mas alimento que una pequeña porcion de pan y agua.

Tal era la mortificacion de su cuerpo; pero acaso le eran mas sensibles las humillaciones del espíritu. Negándosele del todo por muchos años la entrada en el templo, lo que no se hacia con el judío ni el pagano, se le precisaba á colocarse junto á sus puertas con la cabeza raída y cubierta de ceniza, los pies descalzos, el cuerpo sin mas vestido que el saco; y cuando entraban los fieles á celebrar los oficios divinos, hechos fuentes de lágrimas sus ojos, les suplicaba con la mayor ansia que intercedieran privadamente por él, pues por entónces ni aún podia esperar el auxilio de las oraciones públicas. Si pasados algunos años se le concedia la entrada en el templo, apenas concluía el obispo la explicacion del Evangelio, se le arrojaba públicamente con una degradante ignominia, como indigno, no solo de presenciar los santos misterios, sino hasta de participar de las oraciones que dirige la Iglesia por sus hijos. Cuando al ver su constancia el obispo, que como un fiscal severísimo vigilaba con suma atencion su conducta, se resolvia por fin á absol verle, determinaba que la Iglesia rogase solemnemente por él. Mas entónces llegaban á lo sumo las humillaciones, porque... mi sensibilidad no me permite describir una escena tan terrible. Y á la verdad ¿quién pudiera no enter necerse al ver comparecer aquel miserable en medio del templo á presencia de todo el

pueblo, postrarse deshecho en lágrimas, y á vista de tan profundo abatimiento postrarse igualmente el obispo y el clero penetrado de compasion, unir con la tierra sus rostros venerables, regar con sus lágrimas el pavimento del templo, procurando mitigar con ellas el fuego de la divina indignacion; clamar todos fervorosamente al Señor que se apiadase ya de aquel infeliz; y como si creyeran estar cerradas aún las puertas de la misericordia, arrojarle nuevamente del templo, como si su presencia hubiera de profanar el tremendo sacrificio que iba á celebrarse?

Ah, hermanos míos! esto parece duro; pero así hacia la Iglesia que conociese el pecador la deformidad de su pecado, el reato de una ofensa contra la Majestad infinita, la necesidad de satisfacer condignamente á su justicia, y el horroroso abismo de miseria en que se habia sumergido. Así le inspiraba un arrepentimiento sincero, el odio y detestacion de la culpa y la precaucion para evitar la recaída (1).

Comparemos con esta la penitencia que nosotros hacemos. La Iglesia por causas muy razonables y justas fué mitigando poco á poco, y abolió por último el ejercicio de la penitencia solemne; pero ni ha mudado ni podido mudar su espíritu, porque sabe que son invariables los sagrados derechos del honor y la justicia divina; y en prueba de esto manda que todos sus ministros conserven en la memoria los cánones penitenciales, para que sepan proporcionar las penitencias á la gravedad, número y circunstancias de los pecados. Y ¿cuál es, pregunto, la penitencia con que nosotros expiamos no uno solo, sino tantos y tan enormes crímenes como á cada paso estamos cometiendo? Ninguna, si se ha de hablar con sinceridad, ó á lo mas una penitencia solo de nombre. Si se trata de imponer ayunos (aunque ya entre nosotros son dias de regalo y abundancia) no lo permite la debilidad de la salud, ó las horas que ha adoptado la moda para tomar el alimento, ó las sospechas que podrian suscitarse entre los consortes, ó la nota en que se incurriria para

(1) Si le parece á alguno que exagero, lea las obras de san Gregorio Taurinense, de Tertuliano, san Cipriano, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Gerónimo, san Agustín, san Bernardo: lea los decretos de los Concilios, los cánones penitenciales, los historiadores eclesiásticos, y verá que se imponia en todo su rigor esta penitencia por veinte años al homicida, por quince al adúltero, y aún por toda la vida en algunos casos, con todo lo demas que acabo de referir.

con los domésticos. Se trata de suplir el ayuno con limosnas; pero lo hacen imposible las leyes del lujo y la suntuosidad que prescriben á cada uno gastar tres ó cuatro veces mas de lo que tiene. Si es tan osado el confesor que se atreva á nombrar la disciplina y el cilicio, desde luego puede prepararse á sufrir una terrible descarga de dicterios, injurias y persecuciones, y adquirirse la reputacion de bárbaro, inhumano, ignorante, en fin de un hombre indiscreto, que solo trata de aterrar al penitente para que no vuelva á molestarle, é inducir las almas á la desesperacion. Asperezas! para quien es un tormento insoporable la menor arruga que haga la tela finísima, de que segun prescribe el uso ha de vestirse! Cilicios! disciplinas! para una persona de distincion que ni descansa ni permite descansar un momento á sus criados, si no le ponen la cama tan blanda, mullida y nivelada como lo exige su delicadeza! *Como si hubiera yo azotado á un santo Cristo*, decia un pecador, que con sus enormes delitos le habia crucificado millones de veces.

Abreviemos: toda nuestra penitencia consiste en algunas oraciones, pocas y breves, una que otra estacion, un rosario por espacio de tres dias á lo sumo, alguna visita de altares, y no hay que pensar en otra cosa. Estoy bien persuadido á que siendo verdadero, eficaz y vehemente el dolor de haber ofendido á Dios, poca necesidad hay de exhortar al penitente para que trate de satisfacer con austeridades y mortificaciones; pero si la Iglesia inspiraba por medio de estas el conocimiento de la deformidad, y el odio y detestacion del pecado, faltando del todo las penitencias, con dificultad se concebirá un dolor suficiente y verdadero. Lo que se adquiere con demasiada facilidad, con la misma se desprecia. De aquí es que, excluyendo alguno que otro, sobre quien se complace el Señor en derramar pródigamente los tesoros de su gracia eficazísima, es en el dia tan rara la perseverancia como lo era entónces la reincidencia. La mayor parte de los pecadores repite la confesion todos los años, y á cada paso se reproduce la impiedad, la blasfemia, la insubordinacion, la venganza, todo género de impurezas, el robo, la usura, la murmuracion, la calumnia, los pecados todos. ¿Qué idea puede formar de los premios y castigos de la vida futura, de la majestad, del honor, de la justicia de Dios el pecador, que por una multitud de injurias de las mas graves cree satisfacer completamente con unas breves oraciones, que ninguno que se

tenga por buen cristiano dejará de rezar todos los dias, sin necesidad de imponerle al efecto obligacion alguna? ¿Qué idea se habrá formado de tan augustos objetos un vil esclavo de la sensualidad mas detestable al Evangelio, á la razon y á la misma naturaleza, que á mí mismo me contestó, diciéndome con una completa satisfaccion: *en rezando el rosario que mi confesor me ha mandado, nada me resta que hacer, y quedo libre de toda responsabilidad?* Pues la misma ó muy semejante respuesta dan la mayor parte de los penitentes, á quienes por sus muchos horrorosos delitos se trata de imponer alguna penitencia ménos suave de lo acostumbrado. Y ahí tenéis nuestra penitencia; ó para decirlo con mas propiedad, esa es la almohada bien mullida, en que se adormece el pecador, cuando necesita todos los cauterios y sajaduras practicables para salir del letargo que le coloca en las garras de la muerte.

Si esta es verdadera penitencia, se ha equivocado sin duda quien nos dijo, que *son muchos los llamados y pocos los escogidos* (1). Y ciertamente; porque ¿quién es el que, no habiendo renunciado el Evangelio y el nombre de cristiano, deja de recurrir todos los años á esta práctica? ¿Quién es el que, al ménos en obsequio de su propia reputacion, no se acerca á cumplir con el precepto de la confesion anual? Pero y ¿quién es al mismo tiempo el que llora por este medio sus pecados con lágrimas de una verdadera contricion, con un dolor tal que le impida volver á cometerlos? Ay! cuando al imperio de una voz irresistible, cuando al sonido tétrico de la fatal trompeta hayamos de comparecer todos en el último tribunal, cuando veamos á los Teodosios, á las Flavias y á tantos otros que por solo un pecado, cometido tal vez por inadvertencia, se sometieron á unas leyes tan rigurosas, sufrieron unas pruebas tan terribles, y que sin embargo poseídos de un excesivo temor no se atrevan á levantar los ojos, se estremecen, cuando se les figura oír pronunciar su sentencia que casi no dudan ser de una eterna desgracia, ¿qué horror, qué consternacion no deberá producir en nosotros la conciencia de tantos crímenes por una parte, y ninguna penitencia por otra? Mas este dia llegará sin duda; se acerca, está próximo. *Pulvis es*: ricos, pobres, nobles, plebeyos, jóvenes, ancianos, *pulvis es*, nos dice á todos la Iglesia en

(1) *Matth. c. 22. v. 14.*

este dia valiéndose de las palabras del mismo Dios. La naturaleza toda y una experiencia innegable confirman esta verdad. *Et in pulverem reverteris*: la muerte nos espera y con ella una eterna desgracia tal vez. ¿Quién no descubre en la espantosa calamidad con que de un año á esta parte nos aflige la divina justicia un presagio, un principio de aquella? Qué horror!

Si las oraciones del clero deben ser proporcionadas á las necesidades y peligros de los fieles, no sé cuándo sea mas urgente que ahora nuestra obligacion de clamar á las puertas de la divina misericordia. Permanezcamos constantes entre el vestíbulo y el altar, ofreciendo al Señor el sacrificio de nuestras oraciones, y ántes de vernos en la dolorosa necesidad de decirle: *veamos que tomáis venganza de ellos* (1); exclamemos con fervor: *perdona, Señor, á tu pueblo, y no dejes perecer á tu heredad* (2). Seguros estamos, Señor, de que nada niegas al pecador que se vuelve á ti reconocido, puesto que no viniste al mundo á buscar justos sino pecadores: atiende pues á su debilidad y flaqueza, á la masa frágil de que fué formado, á las pasiones que le incitan y á los enemigos que le combaten, y por el honor mismo de tu santo nombre, hazle y haznos á todos participantes de tus infinitas misericordias por la duracion interminable de los siglos. Amen.

(1) *Jerem. c. 11. v. 20.* (2) *Joël, c. 2. v. 17.*

SERMON.

NO DEBEMOS TEMER LA MUERTE,

SINO PREPARARNOS PARA ELLA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE CLIMENT.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.

Polvo eres y en polvo te convertirás.

Génesis, c. 3. v. 19.

No puede la Iglesia darnos mas claras señales de las veras con que desea, que hagamos penitencia en este santo tiempo de la cuaresma, pues no solo nos impone el precepto del ayuno, y con las palabras del Evangelio, que hemos oído, nos prescribe el modo con que debemos ayunar, para agradar á Dios, y darle satisfaccion de las injurias que le hemos hecho; no solo, cual madre amorosa, nos exhorta á lo mismo que nos manda y que tanto nos conviene, valiéndose de las voces, con que el Señor por boca de los profetas exhortaba á los israelitas, á que gimieran, lloraran y ayunaran por sus culpas; sino que nos acuerda en este dia, que hemos de morir, que somos polvo y nos hemos de convertir en polvo. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Recuerdo á la verdad el mas eficaz, argumento, pecadores, el mas fuerte, ó casi el único, que pueda hacerse para convencernos de que es inevitable la penitencia.

Porque si no hubiésemos de morir, ¿qué podría persuadirnos á que nos mortificáramos é hiciéramos penitencia? ¿Qué podría poner en movimiento nuestro corazón, para que pasara del amor del mundo al amor de Dios, que es lo que ejecuta la penitencia? Con ménos motivo que este, solamente porque los